

Ante las elecciones. ("El Mercantil Valenciano", Valencia, 17 febrero 1918)

# ANTE LAS ELECCIONES



No tenemos fe ninguna en el resultado de las próximas elecciones generales de diputados a Cortes y senadores, aunque podamos tener alguna fe, no mucha, en las elecciones mismas. Con lo que queremos decir que estas elecciones no se nos aparecen sino como un medio de intensificar la necesaria agitación de este país en su gran mayoría, en su casi totalidad, dormido. Como que aun apenas si se ha enterado de que hay guerra en el mundo; de que sacude la revolución social a Rusia; de que esta revolución puede correrse al resto de Europa — si es que Rusia es más Europa que Asia, — ni se ha enterado de los problemas que todo esto plantea a los pueblos que quieran vivir vida histórica, es decir, humana.

Nuestros mismos problemas interiores se presentan confusos y opacos a aquella parte de nuestro pueblo, que es una minoría, que se preocupa de ellos. Y es que en rigor, los problemas todos interiores de la política y de la civilización españolas dependen hoy del problema, no ya internacional, sino universal.

El miedo a tener que ir a la guerra al lado de los aliados — ¡ojalá hubiese tenido que ir España, pues ahí habría empezado a tener conciencia pública de sí misma, — ese miedo cerval que ha producido la ignominia de la neutralidad a todo riesgo, trance y costa, es lo que sostiene hoy la institución monárquica, caduca y desacreditada, de la que nadie habla peor ni nadie la condena más duramente que los mismos sedicentes monárquicos cuando hablan en privado y «ex abundantia cordis». Son los primeros en reconocer que el obstáculo mayor para cualquier medida que restaure la dignidad y la libertad públicas en España es la persona del monarca. Cuentan de él horrores, y no acaban, los mismos que le han servido como ministros y que acaso aspiran a volver a servirle. Alguno de éstos, víctima hace poco de una campaña de difamación, no se recata de decir que esa campaña fué fomentada y alentada en la misma gran Casa a que fué él, el victimado, antaño con un papelito. Una cosa parecida pasaba en Portugal en las postrimerías del anteuíltimo Braganza. O más bien del último, pues del pobrecito de D. Manuel cabe decir que como rey no ha existido.

«Y cómo — se nos dirá — no se declaran republicanos esos hombres?» Es que en España puede afirmarse que no hay ni republicanos ni monárquicos, sino antirrepublicanos y antimonárquicos. Los que peor juzgan hoy al monarca suelen preguntarse qué es lo que vendrá en caso de marcharse él o de tener que echarle. Todos andan a la busca de hombres. Si para los antimonárquicos, muchos de los cuales se llaman republicanos, el pecado hoy de la monarquía en España, lo que hace deseable su derrumbamiento, es la persona del monarca — que en brevísimo tiempo, sobre todo desde que empezó la guerra, ha perdido cierta simpatía que parece iba conquistándose y ha destruido todas las esperanzas que en él muchos habían puesto. — para los antirrepublicanos, muchos de los cuales se llaman, por illa-

marse algo, monárquicos, el pecado del republicanismo español, — lo que hace temible su triunfo, son las personas que aparecen hoy dirigiéndole.

El fondo de la cosa es que tanto los partidos monárquicos como los republicanos han estado y siguen estando dirigidos en general por políticos de carrera, por profesionales de la política, y este pobre pueblo, falto del sentido de la ciudadanía, desconfía de los que suplen a esta su falta, y hasta los desprecia. Y desconfía de todos los demás.

Hay que reconocer, en efecto, que el republicanismo español ha constituido una oposición de S. M., y que con todo ese régimen ratinario de Comités y demás zarandajas no ha sido sino una rueda más del desvencijado armatoste de nuestra política parlamentaria. Conocemos diputados a Cortes republicanos de Romanones. A éste, el más fúnebre y más nefasto de nuestros hombres públicos, le convenía tenerlos en los bancos de los republicanos más bien que en los de su partido, del partido que él mismo, Romanones, llama cínicamente romanonista. Y esos son los que se presentan a sí mismos candidatos.

No esperamos nada bueno del próximo Parlamento — que afortunadamente durará poco, — que se compondrá, lo mismo que los precedentes, de los que han hecho de la política una profesión a falta de espíritu de ciudadanía en el pueblo. Y menos mal si este Parlamento es el prodromo de la revolución, que es lo único ya que puede reintegrar España a la historia de la civilización europea.

No nos pueden, pues, interesar las próximas elecciones a los ciudadanos españoles que no concedemos importancia alguna a la política de partidos tal y como actúa en España, sino en cuanto acto revelador del estado de opinión, o de no opinión, del país. No nos puede interesar el número de diputados que llevan los jaimistas, o los regionalistas, o los mauristas, o los republicanos, sino el número de votos que sumen entre los votantes todos de unos y de otros candidatos, sáquenos o no. Pero a este punto de vista, el más adecuado en estas elecciones tal y como se presentan, se opone eso de la «eficacia» de que tanto se habla ahora, y que es un valor de origen germánico. Siendo lo peor que la tal eficacia suele resultar lo más ineficaz.

No hace mucho escribíamos a unos republicanos de Carcagente, en contestación a una carta, que debían cuidar de que no se comprasen los sufragios, y que si dejando que el adversario los comprase podían sacar a su candidato e impiéndolo no lo sacaban o corrían el riesgo de que las elecciones se anularan, debían impedirlo hasta acudiendo a la violencia. Que es mejor combatir esas y otras corruptelas a riesgo de no sacar al propio candidato que no el sacarlo — que es lo que llaman triunfo los eficacistas — transigiendo con ellas.

Mas no estamos seguros de que todos los que se llaman de izquierda se hayan dado clara cuenta de cómo se presentan las próximas elecciones y de cuál sería en ellas el verdadero triunfo de la izquierda. Sospechamos y nos tememos, además, que van a dar la batalla en el terreno y con las armas que los otros, los de la derecha, han escogido. No parece que se den razón de que lo único digno que pue-

den hacer las próximas Cortes, esas que Cambó quería Constituyentes, es suicidarse, disolverse a sí mismas o hacer imposible todo gobierno con el régimen actual. Y ello no es cuestión de número. Cambó se ha jactado, y con motivo, de que con trece hombres tuvieron en jaque a trescientos. Con una docena de hombres de la izquierda, pero de verdaderos hombres, de gente que no quiera conocer ni acatar lo que se llama prácticas parlamentarias, bastaba y aun sobraba para preparar el empujón de fuera. Porque para barrer lo más alto hay que barrer un Parlamento como el que salga de estas elecciones a la desesperada y a la amodorrada a la vez.

Miguel de UNAMUNO.

